

Francisco Fernández Carvajal

EN EL TIEMPO DE DESCANSO

- Santificar la fatiga.
- El descanso del cristiano.
- Las fiestas cristianas.

I. En la *Primera lectura*¹ nos dice el Profeta Jeremías: *Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas (...) y las volveré a traer a sus dehesas para que crezcan y se multipliquen*. La profecía hace referencia al cuidado y atención del Mesías con todos los hombres y cada uno de ellos. *Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas*, leemos en el *Salmo responsorial*².

El Evangelio³ muestra la solicitud de Jesús con sus discípulos, cansados después de una misión apostólica por las ciudades y aldeas vecinas. *Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco*, les dice. Y explica el Evangelista que eran tantos los que iban y venían *que no encontraban tiempo ni para comer*. *Se marcharon, pues, en la barca a un lugar apartado ellos solos*. «¡Qué cosas les preguntaría y les contaría Jesús!»⁴.

Nuestra vida, que es también servicio a Cristo, a la familia, a la sociedad, está repleta de trabajo y de dedicación a los demás. Por eso no podemos extrañarnos si experimentamos la fatiga y sentimos la necesidad de descansar. En el tiempo libre recuperamos fuerzas para servir mejor y evitamos daños innecesarios a la salud que, entre otras cosas, repercutirían en quienes nos rodean, en la calidad de lo que ofrecemos a Dios y en la propia tarea apostólica: en la atención debida a los hijos, a la mujer, al marido, a los hermanos, a los amigos; afectaría a la dedicación a esa labor de apostolado, a la atención y formación de las personas que quizá el Señor nos ha encomendado.

En ocasiones, el oportuno reposo constituirá un deber grave. «La cuerda no puede soportar una tensión ininterrumpida, y las extremidades del arco necesitan un poco de relajación, si se quiere poder tensar el arco de nuevo sin que se haya vuelto inútil para el arquero»⁵. El Señor quiere, en lo que depende de nuestra parte, que pongamos los medios para estar en buenas condiciones físicas, pues es mucho lo que espera de todos. «¡Cuánto nos ama Dios, hermanos –exclamaba San Agustín–, pues cuando descansamos nosotros, llega a decir que descansa Él!»⁶. Pero hemos de distraernos como buenos cristianos,

santificando, en primer lugar, esa pérdida de fuerzas, amando a Dios en la fatiga, aun prolongada, cuando por determinadas circunstancias debemos seguir en la tarea de siempre. Entonces nos consolará, de modo muy particular, acudir al Señor, que en tantas ocasiones terminaba sus jornadas extenuado. Él nos comprende bien.

II. Muchos días, quizá en largas temporadas, sentiremos la dureza de no encontrarnos bien y de tener que sacar adelante el negocio, la casa, el estudio... No nos debe desconcertar nuestra situación: es parte de la flaqueza humana y señal muchas veces de que trabajamos con intensidad. «Vienen días –confesaba Santa Teresa con gran sencillez– que sola la palabra me aflige y querría irme del mundo, porque me parece me cansa todo»⁷. También esos momentos deben ser para Dios, también en esas situaciones el Señor está muy cerca, y quiere que tomemos las medidas que en cada caso sean oportunas: acudir al médico, si es necesario, y obedecer sus indicaciones; dormir un poco más; dar un paseo o leer un libro sano... Son circunstancias que el Señor permite para que ahondemos en el desprendimiento de la propia salud, para crecer en caridad, esforzándonos por sonreír, aunque nos resulte costoso, incluso muy costoso. El ofrecimiento de esa situación a Dios puede ser de un valor sobrenatural de gran mérito, aunque el corazón parezca seco y sin fuerzas para los actos de piedad.

Venid vosotros... y descansad un poco, nos dice el Maestro. Lejos de centrar la atención en el propio yo, también en el descanso buscamos a Cristo, porque en el Amor no existen vacaciones. «A cualquier lugar que se dirija el hombre, si no se apoya en Dios, hallará siempre dolor»⁸, nos advierte San Agustín. Al menos el dolor de haberle dejado a Él a un lado.

El tiempo de vacaciones no debemos emplearlo en no hacer nada. «Descanso significa represar: acopiar fuerzas, ideales, planes... En pocas palabras: cambiar de ocupación, para volver después –con nuevos bríos– al quehacer habitual»⁹. Ese tiempo ha de suponer un enriquecimiento interior, consecuencia de haber amado a Dios, de haber cuidado con esmero las normas de piedad, y de haber vivido también la entrega a los demás, tratando de fomentar el olvido de nosotros mismos; deben ser días en los que especialmente procuramos hacer la vida más amable a quienes nos rodean. Su alegría y su felicidad constituirán una buena parte de nuestro descanso.

Hoy son muchos quienes dejan su vida sobrenatural a un lado al elegir, imprudentemente, lugares de vacaciones donde el ambiente moral se ha degradado de tal

modo que un buen cristiano no puede frecuentarlo, si desea ser consecuente con su vida cristiana. Sería triste que una persona que habitualmente vive de cara a Dios aprobase con su presencia el triste espectáculo de esos ambientes y se expusiera gravemente a ofender al Señor. Más grave sería, si se tratara de unos padres, cooperar a que sus hijos y las personas que de ellos dependen sufrieran en sus almas un daño, muchas veces irreparable: cargarían sobre sus conciencias los pecados propios y los de los hijos.

A muchos podría decir el Señor: «¿Por qué sigues caminando por caminos difíciles y penosos? El descanso no está donde tú lo buscas. Haces bien en buscar lo que buscas; pero debes saber que no está donde lo buscas. Buscas la vida feliz en la región de la muerte. ¡No está allí! ¿Cómo es posible que haya vida feliz donde ni siquiera hay vida?»¹⁰.

Aunque en algunos ambientes se haya olvidado la doctrina moral de la cooperación al mal, nosotros, que deseamos ser buenos cristianos y que muchos otros lo sean, la recordaremos, con oportunidad y con espíritu positivo, a nuestros amigos y compañeros. No olvidemos que, aunque el descanso es un deber, no lo es de un modo absoluto, y que el bien del alma, propia y ajena, está por encima del bien corporal. En un cristiano que desea conducirse en unidad de vida, no quiere Dios un tiempo en el que reponerse físicamente significara para el alma quedar enferma, rota o, al menos, empobrecida. Además, con un poco de buena voluntad, siempre será posible encontrar o crear lugares y modos en los que se pueda descansar teniendo a Dios muy cerca, en nuestra alma en gracia, aprovechar el tiempo para reforzar amistades y realizar un apostolado fecundo.

III. «Los cristianos deben colaborar para que las manifestaciones culturales y las actividades colectivas, que son características de nuestro tiempo, se impregnen de espíritu humano y cristiano»¹¹. Es tarea nuestra abrir horizontes nobles y gratos a una sociedad en la que muchas personas gozan de más tiempo libre debido a la tendencia de las legislaciones a disminuir la jornada de trabajo, con fines de semana más largos, mayor tiempo de vacaciones, etc. Hemos de enseñar también el sentido esencialmente religioso que tienen las fiestas, sin el cual quedarían vacías de contenido: Navidad, Semana Santa, domingos y demás fiestas del Señor y de la Virgen. Este es un apostolado que nos urge, pues cada vez son más los que aprovechan estos días para evadirse de los deberes cotidianos y, quizá, para alejarse más de Dios.

Las fiestas tienen una importancia decisiva «para ayudar a los cristianos a recibir mejor la acción de la gracia divina y permitirles responder a ella más generosamente»¹². La Santa

Misa es «el corazón de la fiesta cristiana»¹³, y en ella hemos de ofrecer todo lo que constituye el día. Nada tendría sentido si se descuidara este primer deber para con Dios, o si se relegara a una hora que solo llenara un hueco del día, repleto de otras actividades a las que se consideraría como más importantes. Revelaría al menos poco amor de Dios en un cristiano que quiere tener a Dios como verdadero centro de su vida. Para Él ha de ser lo mejor, especialmente cuando celebramos una fiesta, aunque para eso tengamos que llevar a cabo un cambio de planes. Si somos generosos, sentiremos la alegría profunda de quien ha correspondido al amor de su Padre Dios.

Cuando Jesús se dirigió en una barca con los suyos a un lugar apartado –continúa el Evangelio de la Misa–, muchos los vieron marchar y fueron allá a pie, y *llegaron antes que ellos*. Al desembarcar, vio Jesús una gran multitud, y se llenó de compasión, *porque estaban como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas*. No pudieron descansar aquel día, ni Jesús ni sus discípulos. Nos enseña aquí el Señor con su ejemplo que las necesidades de los demás están por encima de las nuestras. También nosotros, ¡en tantas ocasiones!, habremos de dejar el descanso para otro momento, porque otros esperan nuestra atención y nuestros cuidados. Hagámoslo con la alegría con que el Señor se ocupó de aquella multitud que le necesitaba, dejando a un lado los planes que había proyectado. Es un buen ejemplo de desprendimiento que debemos aplicar a nuestras vidas.

1 *Is* 23, 1-6. — **2** *Sal* 22, 1-6. — **3** *Mc* 6, 30-34. — **4** Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 470. — **5** SAN GREGORIO NACIANCENO, *Oración* 26. — **6** SAN AGUSTÍN, *Comentario sobre los Salmos*, 131, 12. — **7** SANTA TERESA, *Camino de perfección*, 38, 6. — **8** SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones*, 4, 10, 15. — **9** Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, o. c., n. 514. — **10** SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones*, 4, 12, 18; cfr. *Comentario sobre los Salmos*, 33, 2. — **11** CONC. VAT. II, Const. *Gaudium et spes*, 61. — **12** CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Las fiestas del calendario cristiano*, 13-XII-1982, 1, 5 — **13** *Ibidem*.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.